

## Debileidades



Con la ayuda de muy pocos, consiguió tres pelotas de fútbol y así, todos en aquel orfanatorio, varones y chicas, iluminaron sus rostros, alejando por un rato a la tristeza. La alegría de los niños, aportaba un poco de aire fresco al apartado y lúgubre orfanato, afincado en uno de los límites más olvidados de una ciudad, que vivía de espaldas al dolor. Dos segundos nada más, bastarían, para que si entrásemos en las almas de esos pequeños, entendiésemos el dolor inmenso que sienten, de enfrentar al mundo, sin la presencia de sus padres.

Huérfanos y orfanatos. Orfanatos y huérfanos... Hasta el pronunciar esas palabras, suenan mal.

Niños que vivían lentamente en aquel orfanato, durante las largas noches de sus nadas. Esas nadas que duran y perduran, sin un final que se avizore... Y aún cuando todo marche bien, duele el espanto que contienen, por la soledad que escupen, por el hambre con que muerden. A veces, con demasiado frío y excesiva hambre, como para poder dormirse. A veces, con demasiados cabellos, podados a tijeretazos, como para poder mirarlos. O a veces, con esa hambruna de las sombras, que se los come y los envuelve, entre las carnes de una eterna oscuridad.

Orfanato, asilo de huérfanos en vida. Orfanato, asilo de las culpas de los grandes, que solo las padecen los pequeños. Orfanato, asilo del mirar hacia otra parte, de una sociedad egoísta. Orfanato, asilo de aquellos que solo sobreviven, gracias a las sobras.

Aquellos tiempos de vacas gordas y de vacas flacas, ahora solamente eran recuerdos. Tiempos de vacas flacas y de vacas aún más flacas, ahora eran su presente y su futuro. Muchos días, demasiados, reducidos a la ración de hambre, donde algunas galletas pretendían engañar, a esos pequeños estómagos, carentes de toda pretensión.

Era una niñez revertida hasta su origen, donde solo se quedaban navegando en las ausencias, y donde casi todos ellos concebían con fatalidad y tristeza, solo el sobrevivir a cada día. Purezas sin culpas, fueron y son. Inocencias sin maldad, fueron y son. Cuándo nuestras injustas indiferencias los lastiman, por los años de los años ¿Por qué será que terminamos maldiciendo la injusticia, al ver que ellos terminan delinquiendo? Cuándo nuestros corazones de hojalata, se transmutan inmutables ante el frío de sus almas asustadas ¿Por qué será que nos sorprende siempre, que al final, tengan sus cerebros hechos fundición de metal?

Demasiado niños, para entender que la angustia nos ataca siempre. Demasiado niños, para entender que el futuro siempre retrocede hasta el pasado. Demasiado niños, para entender que la vida temblequea ante la muerte. Demasiado niños, para entender que el hambre, no

da treguas y que tampoco acepta el "irse a tablas". Un caramelo, era un tesoro. Una figurita, era una joya. Y una pelota, era una alegría.

Cada tanto, sobre todo en Navidad, Día del Niño o cuando filmaban los canales estatales, llegaba donaciones de alimentos y de ropas. Alimentos, con gorgojo; y ropas, con agujeros de todas las medidas. Ropas y zapatos. Ropas, con agujeros; y zapatos, pero del tamaño grande, no para los chicos.

Y cada vez fueron más de esos niños, explotando en llantos, en el orfanato de la madre Susana. Ella seguía adelante, como si no escuchara nada. Una verdadera madrecita, de un metro y medio de estatura, pero con un amor infinito para esos hijos de la vida, en su mayoría enfermos o con discapacidad - *Cada uno de ellos, es un ángel caído del cielo; son mártires, con una misión especial a cumplir, en este mundo* - solía ella contestar, mientras le rascaba la cabeza a alguno de los que se le trepaban al regazo.

El derrumbe del orfanato comenzó a la madrugada, cuando todo el mundo aun dormía... La Madre Susana, desde varios días antes, había notado algunas rajaduras en las paredes y los techos, las cuales se habían profundizado, desde la tarde anterior - *Son comunes las grietas, en muchos inmuebles de esa antigüedad. Pero a nosotros, de cualquier manera, no nos corresponde recibir su denuncia. Llame a otra oficina...* - le respondieron igual, casi calcado, las tantas veces que llamó a la municipalidad, que siempre era sorda y sin demasiadas ganas, de resolver problemas.

El techo, siempre les goteaba, como llorando ante la falta de una mano amiga. Un solo baño, para setenta chicos, como remarcando que nunca existiría para ellos la justicia. En el patio, dos columpios rotos y un sube y baja sin tuercas, como mudos y paralíticos, eran testigos de la inmensa necesidad de juego, de los niños. Y también de la inmensa incapacidad, de los políticos.

Primero, fue un fino polvo. Luego, cayó el revoque del cielo raso y unos segundos más tarde, un pedazo enorme del techo. Ya no quedaba tiempo para nada. Pero ella tomó con sus manos a cuanto bebe pudo y ni siquiera los contó. Arrastrando a los que pudo, consiguió salir. Veinte segundos, habían pasado desde que empezó a desintegrarse todo; pero veinte segundos que ni siquiera eran tiempo suficiente de pensar, pues ya se le desmoronaban sobre ella, todos sus esfuerzos de años y más años... Pero diez, veinte segundos, son igual que nada. O no.

Consiguió sacar a nueve de los niños. ¿Cómo hizo...? Nadie entendía nada. Solo fueron escasos segundos, en los que dejó su cuerpo y su conciencia a la deriva. Luego se preguntaría si eso, lo había soñado... o si lo vio en el agua del estanque, donde se enjuagó la cara. Les contó a los bomberos y a la policía. Pero nadie quería creerle. O nadie podía creerle. Y ya nadie le creía nada...

Y más tarde, unas pequeñas sombras, se movían y salían de entre los escombros,

aterrorizadas, corriendo hacia la torre de la iglesia (milagrosamente todavía en pie) y dando gritos de miedo y de dolor. Las explosiones, los llantos y los gritos, el derrumbe estruendoso de los techos, fueron terribles, pero el aterrador silencio que le siguió, resulto aun más desolador e indescriptible. Solo era llorar y sentir miedo, al ver ese espectáculo que parecía hecho de imágenes y gritos, que provenían del infierno.

Y cuando amanecía, los gritos de disconformidad, de horror, de enojo, de frustración, pululaban entre aquellos que iban llegando hasta el derrumbe. Debajo de una pila de ladrillos, una pequeña sombra emergió con su cara cubierta en polvo. Era uno de esos tantos niños, emblemáticos de aquel orfanato, que se había salvado. Era uno de esos tantos niños, que siempre nos recuerdan al poeta: "*Niño sin madre, sin padre y ni un perro que les ladre...*".

Luego apareció Camila, aquella que dejaron en una canasta, hace unos cuantos años, en una de aquellas tantas madrugadas frías, de aquellos tantos gélidos agostos. Sobrevivió a los fríos, tiritando. Sobrevivió a los fríos, esos menos cero, capaces de convertir en creyentes, hasta a los más agnósticos.

El último que apareció con vida, de entre los escombros, fue un tal Jacinto. Abandonado diez años atrás, en un tarro de basura, alguien lo escucho llorar y fue a parar con sus pobres huesitos, a ese perdido orfanato. Solía preguntar por su familia - contaba la Madre Susana -. Aunque otras veces, decía que su mamá estaba en Italia, esperándolo.

Ser huérfano, es como estar viajando siempre por cualquier lugar y sin rumbo, sin nadie que te espere, sin nadie que te llame, sin nadie que te escriba. Y por eso, Jacinto, siempre se escribía cartas a sí mismo. Había salido del derrumbe, con un corte profundo en una mano, que le sangraba mucho. Pero su alma estaba peor.

Los diarios y la televisión, criticaron y mucho. Desde la no profesional conducción del orfanato, hasta la ayuda incompleta, de alguna de las instituciones, que alguna vez (muy tibiamente), la habían apoyado en algo. Once muertes y los hipócritas de siempre, rasgándose las vestiduras. Once muertes y los "humanistas de siempre", que se preguntaban el porque, no se los había llamado antes. El resultado final, fue que todos le retiraron su apoyo. Y el orfanato, quedo por unos días a la deriva.

Y el tiempo fue pasando, como pudo. Los chicos se apilaron entre los bancos de la iglesia, recostados sobre titulares de los diarios, que hablaban mucho y hacían poco. Los chicos se protegieron de los vientos y también, de las miradas de curiosos e indiscretos. Volver a reconstruir lo que se fue ¿Se puede?

- *Se puede* - contestó un estudiante de medicina, vendedor innato de esperanzas, mientras golpeaba con su puño una columna, que milagrosamente había quedado intacta.
- *No. No se puede* - contestó a los pocos días la municipalidad - *El gobierno se hará cargo de un nuevo orfanatorio, que hará construir en breve...*
- *Declarar a Susana Etelvina Pérez, cuyos demás datos personales y circunstancias se detallan en autos, como único autor responsable del delito de homicidio culposo...* - sentenció el máximo tribunal a los pocos años, haciendo volar hasta detrás de una reja, las buenas intenciones de la Madre Susana... - *no habiendo constancia escrita, de*

*oportunos pedidos de ayuda a los organismos municipales pertinentes...* - decía en los fundamentos de la sentencia. "El honor de la Municipalidad, en el caso del orfanato, quedó intacto" proclamó a la tarde un diario, adicto al poder de turno.

Nunca más, hubo orfelinatos en la ciudad anónima – *Son instituciones creadas por los burgueses, que dependen de la beneficencia de las mujeres ricas. Están perimidas...* - proclamó el Intendente en un discurso. Pero claro, nadie se dio cuenta que había aumentado el número de los "chicos de la calle" – *Y bueno, por lo menos no le van a echar la culpa a la Municipalidad, de que se les cayó un techo encima...* - comentaba con sus íntimos, acompañado de una carcajada.

Y el tiempo y la vida, fueron pasando juntos, en la ciudad anónima, sumándose entre sí, años y años, a los años. El agua de los ríos, mares y nubes, fue cumpliendo su perpetuo ciclo, miles y miles de veces. Vida, crecimiento y muerte, fue seguida de más vida, crecimiento y muerte. Al derrumbe del orfanato, solo lo recordaban algunos documentales de la televisión. Los gobiernos de turno, poco a poco, aprendieron la lección... y los orfanatos, ya no se derrumbaban.

Y la ciencia en su progreso, fue curando mucha gente y prolongando muchas vidas. Vidas que se volvieron ancianas. Existencias que se tornaron viejas. Personas que ya no eran tan personas como antes. Y así como antes eran comunes los hijos sin sus padres, pasaron a ser comunes los padres sin sus hijos. Y la ciudad, se les llenó más y más de viejos...

Y la vejez, les llegó a todos. Los adultos dejaron de caminar en su secuencia juvenil de punta, planta y taco. Comenzaron, al cargar con más y más años, a arrastrar sus pies y en cada baldosa suelta, en cada bache, en cada desnivel de la ciudad, nació una trampa para viejos. La ciudad no estaba preparada. - "¿Y para qué...?" – se preguntaban muchos. Caderas, muñecas y cabezas, se rompieron muchas veces contra el suelo.

Y florecieron los geriátricos, que antes, ni se conocían. Geriátricos, algunos buenos y otros clandestinos, que apilaron los ancianos en condiciones deplorables y que hoy, son verdaderos "morideros". Geriátricos, en peor estado que los mismos ancianos que pretenden cobijarse. "Y... si no están en condiciones y los cerrás, ¿adónde querés que vayan los ancianos?". Argumentos falaces y engañosos, para justificar la negligencia y la incapacidad. – *Hoy día, ya no existen las Madres Teresa de Calcuta, para los pobres viejos. De los viejos se tienen que hacer cargo sus hijos. Si no lo hacen, es una cuestión privada de la que el Estado, no tiene por qué preocuparse* - decía el geronticidio imperante, del que nadie decía nada - "los hijos, son de los padres pero luego, los padres son de los hijos". Y así el abandono y el olvido, era pura y exclusivamente una cuestión privada. Los viejos estaban condenados...

Y un temporal furioso de verano, fue muy trágico, aquel día en que se le ocurrió lanzarse con toda su cólera, sobre la desprevenida ciudad. El agua loca de la lluvia se fue acumulando en la calle, hasta romper una ventana de vidrio, tras lo cual, lanzado como una inmensa ola, arrasó el subsuelo de un geriátrico privado. No estaba habilitado para que en ese lugar, hubiese ancianos... pero estaban. Dormidas en sus camas, cinco ancianas descansaban las fatigas de toda una vida que casi, ya se les había ido... Elena, Celina,

Chabella, Josefina y Sofía. Cinco nombres, cinco historias, cinco mujeres, cinco caminos diferentes, pero que las trajeron al mismo lugar.

El torrente de agua, entró a fuerza de latigazos de frío y chasquidos de violencia, en la triste habitación de aquel subsuelo olvidado. Ninguna pudo escapar, estaqueadas a sus camas por la artrosis y la atrofia de sus músculos. Habitación prohibida, que el destino transformó en celda de castigo máximo, por haberse todos atrevidos, a cumplir noventa años

Camila abrió los ojos, sorprendida. Era la misma que dejaron en una canasta, hace unos cuantos años, en una de aquellas tantas madrugadas frías, de aquellos tantos gélidos agostos. Sobrevivió a los fríos, tiritando. Sobrevivió a los fríos, esos menos cero, capaces de convertir en creyentes, hasta a los más agnósticos. Sobrevivió al derrumbe del orfanato. Pero no sobrevivió al geriátrico...

Un bombero encontró a Camila y a Sofía, flotando boca abajo y abrazadas. Tenían la misma edad, la misma cantidad de hijos y de nietos, las mismas operaciones de vesícula y de apéndice... solo que Sofía, había sido la hija de uno de los tantos intendentes de aquella Ciudad. Camila, no. Camila, nunca tuvo padres... Pero la vejez, los igualaba a todos.

Fin  
Fin